

ARTHUR CONAN DOYLE

SHERLOCK HOLMES



EL PERRO
DE LOS BASKERVILLE

booket

Sherlock Holmes

El perro de los Baskerville

Traducción de Lourdes Huanqui Talavera



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Hound of the Baskervilles*

© por la traducción, Lourdes Huanqui Talavera

© Editorial Planeta, S. A., 2005

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Birgit Palma

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 17.995-2023

ISBN: 978-84-670-7141-2

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Mister Sherlock Holmes

Mister Sherlock Holmes, que acostumbraba levantarse muy tarde por las mañanas, con excepción de aquellas ocasiones no poco frecuentes en que no llegaba a acostarse por la noche, estaba ya sentado a la mesa del desayuno. Yo permanecía de pie sobre la alfombra delante del fuego y tenía entre mis manos el bastón que nuestro visitante había olvidado la noche anterior. Era éste una gruesa y hermosa pieza de madera, con una cabeza bulbosa, de la clase conocida como «bastón de Penang».¹ Justo debajo de la cabeza llevaba una banda ancha de plata, a casi tres centí-

1. Bastón hecho con el tallo de la palma de rota, que crece en Penang, una isla del estrecho de Malaca. (*Todas las notas numeradas son de la traductora.*)

metros al través, que tenía grabada la inscripción A JAMES MORTIMER, M. R. C. C., DE SUS AMIGOS DEL H. C. C. con la fecha de 1884. Era, en concreto, un bastón de los que solían llevar los viejos médicos de familia: dignos, sólidos y tranquilizadores.

—Y bien, Watson, ¿qué le parece eso?

Holmes estaba sentado de espaldas a mí y yo no le había dado indicios de mi ocupación.

—¿Cómo sabía usted lo que estaba haciendo? Se diría que lleva los ojos en la parte de atrás de la cabeza.

—Tengo, para empezar, una cafetera de plata muy pulida delante de mí —respondió—. Pero dígame, Watson, ¿qué piensa del bastón de nuestro visitante? Dado que hemos tenido la mala fortuna de no encontrarle y no tenemos idea de cuál será su misión, este recuerdo accidental cobra la mayor importancia. Déjeme oír su reconstrucción del personaje por el examen del mismo.

—Pienso —dije, siguiendo tanto como pude los métodos de mi compañero— que el doctor Mortimer es un afortunado médico ya mayor y muy estimado, dado que los que lo conocen le han dado esta muestra de su aprecio.

—¡Bien! —exclamó Holmes—. ¡Excelente!

—Creo también que las probabilidades están a favor de que sea un médico rural que hace muchas visitas a pie.

—¿Y por qué?

—Porque este bastón, aunque en origen fuera muy bueno, ha sufrido tantos golpes que me costaría imaginar a un médico de ciudad llevándolo. La gruesa contera de hierro está muy gastada, así que es evidente que ha caminado mucho con él.

—¡Un argumento razonable! —dijo Holmes.

—Y luego tenemos lo de los «amigos del H. C. C.». Me imagino que se referirá a algún tipo de asociación local de aficionados a la caza, a cuyos miembros habrá dado algún tipo de asistencia quirúrgica y que le han hecho un pequeño regalo en agradecimiento.

—A decir verdad, Watson, usted se supera a sí mismo —dijo Holmes, echando su silla hacia atrás y encendiendo un cigarrillo—. He de decir que, en todos los casos en que usted ha sido tan amable dando cuenta de mis propios pequeños logros, por lo general, ha subestimado sus propias habilidades. Puede que usted mismo no sea luminoso, pero es un buen conductor de luz. Algunas personas, sin

ser geniales, tienen un considerable poder para estimular. Confieso, mi querido amigo, que estoy bastante en deuda con usted.

Nunca había dicho tanto antes y debo admitir que sus palabras me dieron un tremendo placer ya que a menudo me había mortificado su indiferencia a mi admiración y a los intentos que yo hacía para dar publicidad a sus métodos. Me sentía también orgulloso al pensar que había dominado su sistema como para aplicarlo de forma tal que merecía su aprobación. Me quitó entonces el bastón de las manos y lo examinó por unos minutos a simple vista. Luego, con expresión de interés, dejó el cigarrillo y, llevando el bastón hacia la ventana, lo examinó una y otra vez con una lupa.

—Interesante, aunque elemental —dijo, mientras regresaba a su rincón favorito del sofá—. Es cierto que hay una o dos indicaciones sobre el bastón. Eso nos da la pauta para diversas deducciones.

—¿Se me ha escapado algo? —pregunté, dándole cierta importancia—. Confío en que no habrá nada crucial que yo haya ignorado.

—Me temo, mi querido Watson, que la mayor parte de sus conclusiones estaban equivocadas. Cuando dije que usted me estimulaba, quería

decir, para ser sincero, que el advertir sus errores me llevaba en ocasiones a la verdad. No quiero decir que estuviera completamente equivocado en este caso. El hombre es, sin duda, un médico rural. Y es un buen caminante.

—Entonces estaba en lo cierto.

—Hasta cierto punto.

—Pero eso era todo.

—No, no, mi querido Watson, no todo, desde luego no todo. Sugeriría, por ejemplo, que es más lógico que un obsequio a un médico proceda de un hospital que de un grupo de aficionados a la caza y que cuando las iniciales «C. C.» aparecen junto a ese hospital las palabras «Charing Cross» se sugieren solas.

—Puede que tenga razón.

—Las probabilidades van en esa dirección. Y si tomamos esto como una hipótesis de trabajo tendremos una buena base para empezar la construcción de nuestro desconocido visitante.

—Bien, entonces, suponiendo que «H. C. C.» quiera decir «Hospital de Charing Cross», ¿qué más conclusiones podemos sacar de ahí?

—¿No se sugieren solas? Usted conoce mis métodos. ¡Aplíquelos!

—Sólo puedo pensar en la obvia conclusión de que nuestro hombre ha ejercido la medicina en la ciudad antes de irse al campo.

—Creo que podemos aventurarnos un poco más que esto. Mírelo bajo esta luz. ¿En qué ocasión sería más probable que tal obsequio tuviera lugar? ¿Cuándo se unirían sus amigos para darle una señal de su buena voluntad? Obviamente sería en el momento en que el doctor Mortimer abandonara el servicio en el hospital para iniciar el ejercicio de la medicina por su cuenta. Sabemos que le fue entregado un obsequio. Creemos que ha habido un cambio de un hospital de la ciudad al ejercicio de la medicina en el campo. ¿Es, por tanto, llevar nuestras deducciones demasiado lejos decir que el obsequio fue hecho con ocasión del cambio?

—Desde luego parece probable.

—Pero observará que no podía haber pertenecido a la plantilla del hospital, dado que sólo alguien bien establecido en una consulta en Londres podría acceder a tal posición y tal persona no se mudaría al campo. ¿Qué era él, entonces? Si estaba en el hospital y, sin embargo, no formaba parte de la plantilla, tan sólo podía haber sido un médico residente, poco más que un estudiante de último

curso. Y él se marchó hace cinco años; la fecha está en el bastón. Así que su solemne médico de familia, de mediana edad, se desvanece en el aire, mi querido Watson, y aparece en cambio un joven de menos de treinta años, amable, no muy ambicioso, distraído y dueño de un perro favorito, al que yo describiría más o menos como más grande que un terrier y más pequeño que un mastín.

Reí con incredulidad mientras Sherlock Holmes se reclinaba en el sofá y lanzaba ondulantes y pequeños anillos de humo hacia el techo.

—En cuanto a la última parte, no tengo los medios para confirmarlo —dije—, pero, por lo menos, no es difícil encontrar algunos detalles sobre la edad y la carrera profesional del individuo.

Saqué el Directorio Médico de mi pequeña biblioteca médica y localicé el apellido. Había varios Mortimer, pero sólo uno que podía ser nuestro visitante. Leí sus datos en voz alta:

Mortimer, James. M. R. C. C. 1882,² Grimpen, Dartmoor, Devon, médico residente, desde 1882 hasta 1884, en el Hospital de Charing Cross. Ganador del Premio

2. Miembro del Real Colegio de Cirujanos.

Jackson de Patología Comparativa, con el ensayo titulado «¿Es la enfermedad una reversión?». Miembro correspondiente de la Sociedad Patológica Sueca. Autor de «Algunos ejemplos de atavismo» (*The Lancet*, 1882), «¿Progresamos?» (*Journal of Psychology*, marzo, 1883). Oficial médico de las parroquias de Grimpen, Thorsley y High Barrow.

—Ninguna mención de ese grupo de aficionados a la caza, Watson —comentó Holmes, con una sonrisa maliciosa—, sino un médico rural, tal como usted observó con astucia. Creo que estoy bastante justificado en mis deducciones. En cuanto a los adjetivos, dije, si recuerdo bien, amable, sin ambición y distraído. Según mi experiencia, en este mundo sólo un hombre amable recibe testimonios, sólo un hombre sin ambición abandona una carrera en Londres para irse al campo y sólo un hombre distraído deja su bastón y no su tarjeta de visita después de esperar una hora en tu salón.

—¿Y el perro?

—Está acostumbrado a llevar este bastón detrás de su amo. Siendo un bastón pesado, el perro lo ha llevado sujeto con fuerza por el centro y las marcas de sus dientes son visibles con claridad.

La mandíbula del perro, tal como se muestra en el espacio entre las dos marcas, es, en mi opinión, demasiado ancha para un terrier y no tan ancha como para un mastín. Podría ser, sí, ¡caramba! Es un spaniel de pelo rizado.

Se había levantado y caminaba por la habitación mientras hablaba. Se detuvo en el hueco de la ventana. Había tal tono de convicción en su voz que lo miré sorprendido.

—Mi querido amigo, ¿cómo es posible que esté tan seguro de eso?

—Por la sencilla razón de que veo al mismísimo perro en el umbral de nuestra puerta y... Ahora oímos la llamada de su dueño. No se mueva, por favor, Watson. Es su colega de profesión y su presencia puede serme útil. Ahora es el momento dramático del destino, Watson, cuando uno escucha en la escalera unos pasos que están entrando en su vida y no sabe si es para bien o para mal. ¿Qué es lo que quiere el doctor Mortimer, el hombre de ciencia, de Sherlock Holmes, el especialista en el crimen? ¡Adelante!

La apariencia de nuestro visitante fue una sorpresa para mí, dado que yo esperaba ver a un típico médico rural. Era un hombre muy alto, delga-

do, con una nariz larga y corva que se disparaba entre dos agudos ojos grises colocados muy juntos y chispeando con viveza desde detrás de un par de gafas con montura de oro. Iba vestido de forma profesional pero un tanto descuidada, pues su levita estaba desgastada y sus pantalones raídos. Aunque joven, su larga espalda estaba ya combada y caminaba impulsando la cabeza hacia delante, con un aire general de curiosa benevolencia. Al entrar, sus ojos se fijaron en el bastón en las manos de Holmes y corrió hacia él con una exclamación de alegría.

—Estoy tan contento —dijo—. No estaba seguro de si lo había dejado aquí o en la Compañía de Navegación. No me gustaría perder ese bastón por nada del mundo.

—Un obsequio, por lo que veo —dijo Holmes.

—Sí, señor.

—Del Hospital de Charing Cross.

—De uno o dos amigos de ahí con ocasión de mi boda.

—¡Oh, no, eso está mal! —exclamó Holmes, sacudiendo la cabeza.

El doctor Mortimer pestañeó a través de sus gafas con ligero asombro.

—¿Por qué está mal?

—Es sólo que usted ha alterado nuestras pequeñas deducciones. ¿Su boda, ha dicho?

—Sí, señor. Me casé y dejé el hospital y con ello toda esperanza de tener una consulta propia. Era necesario para hacerme un hogar propio.

—Vamos, vamos, no nos hemos equivocado tanto después de todo —dijo Holmes—. Y ahora, doctor James Mortimer...

—Señor, caballero, tan sólo señor... un humilde M. R. C. C.

—Y un hombre de mente precisa, es evidente.

—Un aficionado a la ciencia, mister Holmes, un recogedor de conchas en las playas del gran océano desconocido. Me imagino que es a mister Sherlock Holmes a quien hablo y no...

—No, éste es mi amigo el doctor Watson.

—Encantado de conocerlo, señor. He oído su nombre en relación con su amigo. Usted me interesa muchísimo, mister Holmes. Apenas podía haber esperado un cráneo tan dolicocefalo o un desarrollo supraorbital tan bien marcado. ¿Tendría alguna objeción a que pasara el dedo por su hendidura parietal? Un vaciado de su cráneo, hasta que el original esté disponible, sería un ornamen-

to para cualquier museo antropológico. No tengo la intención de parecer excesivo, pero confieso que ambiciono su cráneo.

Sherlock Holmes condujo a nuestro extraño visitante hacia una silla.

—Veo que es un entusiasta en su propia línea de pensamiento, tal como me ocurre a mí con la mía —dijo—. Observo también por su dedo índice que usted lía sus propios cigarrillos. No vacile en encender alguno.

El hombre sacó papel y tabaco y envolvió uno en el otro con sorprendente destreza. Tenía los dedos largos y temblorosos, tan ágiles e inquietos como las antenas de un insecto.

Holmes estaba silencioso, pero sus miradas agudas me demostraban el interés que le despertaba nuestro curioso acompañante.

—Me imagino, señor —dijo al fin—, que no es sólo con el propósito de examinar mi cráneo por lo que me ha hecho el honor de visitarme anoche y de nuevo hoy.

—No, señor, no; aunque me siento feliz por haber tenido la oportunidad de hacer también tal cosa; he venido a visitarlo, mister Holmes, porque reconozco que soy un hombre falto de sentido prác-

tico y porque, de pronto, me estoy enfrentando a un problema muy serio y extraordinario. Reconociendo, como hago, que es usted el segundo experto más grande de Europa...

—¡Ya lo creo, señor! ¿Puedo preguntar quién tiene el honor de ser el primero? —preguntó Holmes, con cierta aspereza.

—Un hombre de una meticulosa mente científica debiera sentirse siempre atraído por el trabajo de monsieur Bertillon.³

—¿No haría mejor entonces en consultarle a él?

—He dicho, señor, a una meticulosa mente científica. Pero como práctico hombre de negocios es sabido que usted es el único. Espero, señor, no haber, sin advertirlo...

—Sólo un poco —dijo Holmes—. Creo, doctor Mortimer, que sería muy sensato de su parte si, sin más dilación, fuera tan amable de decirme con franqueza la exacta naturaleza del problema para el que necesita mi ayuda.

3. Alphonse Bertillon (1853-1914). Antropólogo francés, inventor de la ciencia de la Antropometría.